LAS TRES INTIMACIONES

Tan cierto como me llamo Belisario y como en este momento tengo en la mano mi cepillo de carpintero, si ese tío de Thiers se imagina que la zurribanda que nos acaba de largar servirá de algo, es que no conoce al pueblo de París. Mire V., caballero, aunque se empeñen en fusilarnos al por mayor y deportarnos y exportarnos y empalmar el presidio de Cayena con los consejos de guerra del campamento de Satory, y zamparnos en los pontones prensa-

dos como sardinas en banasta, el parisiense ama el motín y nada podrá privarle de ese gustazo. Lo tenemos en la masa de la sangre. ¿Qué quiere V.? No es tanto la política lo que nos divierte, como el barullo que arma: los talleres cerrados, la formación de grupos, el callejeo, y luego además alguna otra cosa, que yo no puedo explicar.

Para comprender bien esto hay que haber nacido en la calle del Orillón, como yo, en un taller de carpintería, y, desde los ocho hasta los quince años que estuve de aprendiz, haber andado por esas calles de Dios haciendo rodar una carretilla de mano cargada de virutas. ¡Caracoles! Puedo decir que por aquel entonces, buen atracón me di de revoluciones. De pequeñito, no más

alto que una bota de montar, en cuanto había jarana en París, esté V. seguro de que se me veía allí por alguna parte. Casi siempre sabía yo eso de antemano. En cuantico veía á los obreros de ganchete por la ronda de acera á acera, y á las mujeres hablando y gesticulando en las puertas, y todo ese gentío de gente que bajaba de las barreras, decía yo para mi caletre al acarrear mis virutas: «¡Se armó la gorda! Huéleme que va á haber algo.»

Y, en efecto, no dejaba de haberlo. Al volver á casa por la noche me encontraba con la tienda llena; los amigos de mi padre charlaban de política en derredor del *banco*, los vecinos le traían el periódico; porque en aquel tiempo no había papeles á «perro chico» como los hay ahora. Los que querían recibir

el periódico juntaban el dinero entre varios de la misma casa, y se lo pasaban de piso en piso... Papá Belisario, que trabajaba de continuo á pesar de todo, empujaba con rabia su cepillo al oir las noticias; y me acuerdo que esos días, en el momento de sentarnos á la mesa, nunca dejaba madre de decirnos:

—Estaos quietitos, niños... Padre no está contento, por mor de los asuntos de la política.

Claro es que yo no entendía gran cosa de esos benditos asuntos. Sin embargo, había dichos que se me quedaban en la mollera á fuerza de oirlos, como por ejemplo:

—¡Este canalla de Guizot, que ha ido á Gante!

A la verdad, yo no sabía qué era ese Guizot, ni qué significaba eso de haber ido á Gante; pero, ¡igual

da! El hecho es que repetía á coro con los demás:

—¡Canalla de Guizot!... ¡Canalla de Guizot!

Y tenía tanto gusto en llamar canalla á ese Sr. Guizot, cuanto que en mi cacumen le confundía con un pícaro de municipal que estaba de parada esquina á la calle de Orillón y me hacía llevar rabietas por mor de mi carretón de virutas. Nadie podía ver en el barrio á ese guindilla. Los perros, los chicos, todo el mundo le hacía la mamola. Sólo el tabernero, por engatusarlo, le largaba de vez en cuando una copa de vino para tener entreabierto el despacho después de la hora. El guindilla se acercaba como quien no quiere la cosa, miraba á derecha é izquierda no hubiese allí alguno de sus jefes, y luego, al pasar,

¡zás!... En mi vida he visto echarse al coleto unas tintas más al vapor. Lo gracioso era pescar el momento en que estaba empinando el codo y llegarse detrás de él diciendo: «¡Ojo, corchete... que viene el inspector!»

Así somos entre el pueblo de París: todo lo paga el guardia. Se acostumbra uno á odiar á los pobres diablos, y mirarlos como á perros. Cuando los ministros hacen burradas se las hacemos pagar á los guardias; y cuando llega una revolución de las buenas, los ministros se van á Versalles y los guardias van de cabeza al canal...

Pero volviendo á lo que le decía á V., en cuanto había cisco en París, era yo uno de los primeros en saberlo. Esos días nos citábamos todos los chicos del barrio y bajábamos juntos por el arrabal. Había

allí hombres que gritaban: «Es en la calle de Montmartre... ¡no!... en la puerta de Saint-Denis.»

Otros, á quienes les había sorprendido la cosa á la parte de allá, se volvían furiosos por no haber podido pasar. Las mujeres corrían á las tahonas. Se cerraban las puertas cocheras de casa grande. Todo esto se nos subía á la chola. Cantábamos, nos rebullíamos y zarandeábamos á los vendedores callejeros, quienes quitaban á escape sus puestos y tenderetes como en los días de ventarrón. A veces, al llegar al canal, estaban ya levantados los puentes de las exclusas. Los simones y los carros deteníanse allí. Los cocheros juraban y el gentío llenábase de inquietud. Escalábamos corriendo aquel gran pasadizo todo de escalones que unía entonces el

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

arrabal con la calle del Temple, y llegábamos á los bulevares.

No hay nada tan divertido como estas rondas en martes de Carnaval y en días de motín. Casi ningún carruaje; podía uno galopar á sus anchas por aquella gran calzada. Al vernos pasar, los tenderos de esos barrios sabían bien lo que todo ello quería decir, y cerraban deprisa sus establecimientos. Oíanse rechinar los postigos; pero, á pesar de todo, una vez cerrada la tienda, aquellas gentes quedábanse en la acera delante de sus puertas, porque entre los parisienses la curiosidad es más fuerte que todo.

Al fin y á la postre topábamos con una masa oscura, la multitud, las apreturas. ¡Allí era!... Sólo que para ver bien había que tratar de ponerse en primera fila. ¡Caramba,

había que recibir unos tantarantanes también de primera!... Sin embargo, á fuerza de empujar, de dar codazos, de escurrirnos por entre las piernas, acabábamos por llegar. Una vez bien situados delante de todo el mundo, ya se podía respirar y estar orgulloso. El hecho es que el espectáculo valía la pena.

Mire V., jamás Bocage ni Mélingue me han hecho latir el corazón en la escena, como la que presenciaba yo al ver allá abajo, al cabo de la calle, avanzar al comisario con su banda cruzada, dentro de un espacio que quedaba vacío... Los demás gritaban: «¡El comisario! ¡El comisario!»

Yo no decía oxte ni moxte. Con los dientes apretados de miedo, de gusto, de no sé qué, pensaba mi chabeta: «Ya está aquí el comisa-

rio... Ahora, mucho ojito con los estacazos...»

Pero los mismos garrotazos no me causaban tanta impresión como aquel demonio de hombre con su banda cruzada sobre su negra levita y aquella chistera de caballero, que le daba aspecto de hallarse de visita en medio de los chacós y de los tricornios: ¡me hacía un efecto!... Después de un redoble de tambor, el comisario empezaba á chapurrear alguna cosa. Como estaba lejos de nosotros, á pesar de un silencio profundo, sus palabras se las llevaba el viento y no se oía más que: ...ón ...ón ...ón...

Mas nosotros conocíamos tan bien como él la ley de orden público. Sabíamos que nos otorgaba el derecho á las tres intimaciones, antes de llegar á repartir leña. Por eso,

la primera vez nadie se meneaba: permanecíamos muy tranquilos, con las manos dentro de los bolsillos... Al segundo redoble, mire V., empezaba uno á ponerse verde, á mirar á derecha é izquierda por dónde podría uno escurrir el bulto... Al tercer redoble ¡zás! era aquello como una partida de polluelos de perdiz, una de gritos y chillidos, de volar delantales, sombreros y gorras; y allá á retaguardia empezaba á arder el pelo á linternazos. De veritas, no hay piezas de teatro capaces de daros emociones como aquellas. Tenía uno para ocho días materia que contar á los demás; y poco huecos que se ponían quienes podían decir: «¡He oído la tercera intimación!...»

Preciso es decir también que en ese juego arriesgaba uno á veces

algunas tiras del pellejo. Figúrese que cierto día, en la puerta de Saint-Eustache, no sé cómo echó sus cuentas el comisario; pero sí que, tan pronto como dieron el segundo redoble, cate V. que se arrancan los municipales con los garrotes en alto. Excuso decirle que no me quedé á esperarlos. Por más que decía yo á mis piernecillas «piés, ¿para qué os quiero?», unos de aquellos grandes demonios andaba á la querencia de mi persona y me tiraba tan de cerca unos derrotes, que después de haber sentido dos ó tres veces el aire de su estaca, acabé por recibirla de lleno en la cabeza. ¡Dios de Dios, vaya una descarga! En mi vida he visto más estrellas... Me llevaron á casa con la sesera rota. ¿Y creerá V. que eso me corrigió?... ¡Sí, que si quieres! Todo

el tiempo que la pobre mamá de Belisario estuvo poniéndome compresas, me lo pasé en gritar:

—Yo no tengo la culpa... Es ese granuja de comisario que nos *dió el pego*... ¡No hizo más que dos intimaciones!